

La etnografía reflexiva en el campo de la migración del diario de una emigrante: la partida

Faiselly Guerra Arias*

Resumen

En este documento se presentan los movimientos migratorios internacionales como una de las dinámicas culturales más relevantes de la actualidad. De manera sintáctica, se alude a los contextos sociales de las migraciones. El ejercicio etnográfico sobre la migración colombiana a España muestra que las razones más relevantes para salir del país son la precariedad económica y la inestabilidad laboral.

Abstract

International migratory movements, some of the most relevant current cultural movements, are analyzed in this paper. A brief reference to the social contexts of migrations is made. The ethnographic exercise on the Colombian migration to Spain shows that the most relevant explanations to leave the country are economic poverty and labor instability.

Palabras claves: Migración internacional, etnografía reflexiva, autobiografía.

* Licenciada en Antropología por la Universidad de Antioquia. Actualmente sus temas de investigación giran en torno a la migración internacional de colombianos.

El carácter complejo y multidimensional que impone el estudio de las migraciones ha llevado a la implementación de una pluralidad de métodos que dan cuenta no sólo de los factores objetivos (estructuras económicas, demográficas y políticas), sino también de las circunstancias, motivos e interpretaciones subjetivas presentes en las biografías. A través de los relatos biográficos se puede indagar sobre diversos aspectos que atañen tanto a la trayectoria migratoria, revelando las interacciones y los conflictos que ésta genera, como a los retos sociales y políticos que la propia trayectoria migratoria plantea.

Desde esta perspectiva, la reflexión autobiográfica que aquí se presenta pretende sacar a la luz los factores y motivaciones subjetivas que inciden en los movimientos poblacionales y las implicaciones psicosociales que conlleva este proceso. De esta manera se intenta describir un espacio común que se perciba como una prolongación o extensión de uno mismo con un entorno social en continuo movimiento.

Sociedades migrantes

Los movimientos migratorios son inherentes a la condición humana. La necesidad de encontrar lugares donde establecerse y prosperar, o el deseo de descubrir nuevos espacios que habitar, ha sido, y es, una constante en la historia de las sociedades. Sin embargo, las causas de los desplazamientos, así como sus características y consecuencias han variado a lo largo de los años, generando cada época sus propios tipos migratorios.

La emigración residencial, profesional o social, ha dejado de ser una experiencia excepcional en los grupos inmigrantes y se ha transformado en una cotidianidad recurrente, pues ahora la “experiencia de partida” en la vida de las personas se repite con mayor frecuencia. José Ignacio Ruiz (2000, pp. 14-15), tomando las cifras del informe *La regularización de inmigrantes durante 1991-1992* del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), nos dice que se calcula que entre 80 y 100 millones de personas viven hoy fuera de sus países de origen. De ellos, los migrantes económicos legales constituyen un colectivo de 25-30 millones, mientras que la cifra de migrantes económicos indocumentados ronda entre los 20 y los 40 millones de personas. Además, anualmente se acogen entre 150.000 y 300.000 personas a los programas de reasentamiento por razones humanitarias; y más de dos millones solicitan asilo en un país extranjero. Para principios del año 2005 la cifra de refugiasos en el mundo ascendía a 19.2 millones de personas, un 13% más que el año anterior.

Podríamos estar hablando, entonces, de *sociedades migracionalizadas* donde los movimientos de masas son un elemento común, y cuya realidad está bajo la influencia de estos tres procesos: el primero obedece a la movilidad social y geográfica que han facilitado las nuevas tecnologías del transporte y los medios de comunicación; el segundo obedece a los imperativos económicos del mercado y la

división internacional del trabajo; y el tercero se rige por los dictados de la guerra y de las dictaduras militares. Estos tres procesos, lejos de ser estancos entre sí, se solapan mutuamente, de tal modo que es imposible, en muchos casos, determinar cuál de ellos es el factor más influyente. El hecho es que son muchas las personas que ante situaciones individuales o sociales adversas buscan en la migración internacional (especialmente hacia los países más desarrollados) una opción para solucionar sus dificultades.

Las migraciones se han constituido como objeto de estudio específico solamente cuando los poderes públicos han contribuido a delimitar al migrante como categoría económica y social. Su delimitación como categoría jurídica, más reciente, tiene lugar cuando se le asocia a la categoría de “extranjero”, opuesta a la de “nacional”, y definida de forma restrictiva en cuanto a sus derechos dentro del territorio receptor. El estatus epistémico de una supuesta ciencia social de las migraciones ha sido por consiguiente subordinado desde sus comienzos a la demanda social y, por derivación, a la iniciativa institucional. Esto no implica un grado menor de científicidad, sino una evolución del enfoque conforme con esta demanda social, y no, como suele ocurrir y ocurre- en otros ámbitos en donde el peso institucional, a pesar de no desaparecer del todo, deja amplitud metodológica para la creación de modelos. En el caso de las migraciones, esta demanda social, vehiculada por los propios poderes públicos o por instituciones parapúblicas o confesionales, se ha hecho sentir de manera más imperiosa (Provansal 1996, p. 256).

Salvo contadas excepciones, refiriéndonos sobre todo a Europa, el *análisis de las ciencias sociales* sobre las migraciones todavía no ha superado la simple constatación descriptiva o la simple interpretación en términos de dualismo cultural, dado el carácter aplicado que las ha inspirado. Esto ha llevado a abordar la cuestión de la construcción conceptual del migrante como categoría cultural. Si bien no existe a menudo una delimitación clara de las respectivas tareas entre sociología y antropología al respecto, y si bien la antropología ha experimentado como otras ciencias sociales- las limitaciones inherentes a su función social y a su carácter aplicado, sin embargo, ha contribuido, gracias a su mirada particular, a conferir al inmigrado una existencia social previa a su experiencia migratoria; y a insertarle en un marco referencial propio y coherente, independientemente de los fenómenos de dependencia económica, a nivel internacional. A partir de entonces, el “migrante” deja de tener una existencia social exclusivamente definida a través de los criterios normativos e ideacionales de la sociedad receptora, y por añadidura, su presencia como colectivo facilita, dentro de la misma sociedad, un espacio nuevo de dinámica cultural.

La *etnografía de la doble experiencia* emigratoria inmigratoria no sólo representa un enriquecimiento de aproximaciones cualitativas, sino que se constituye en una alternativa conceptual a la perspectiva todavía imperante en otras ciencias sociales y de la opinión pública, en general, según la cual el migrante

es tratado como sujeto pasivo dentro de la sociedad llamada mayoritaria. O dicho de otro modo, según la cual el migrante sólo existe en la conciencia de los autónomos como *anomalía, problema* o, en el mejor de los casos, como *víctima* de un sistema que no producen pero que les producen (ibíd., p. 258).

Sea como fuere, a través de la descripción de sus estrategias de supervivencia o de posicionamiento social, los migrantes están apareciendo por primera vez como auténticos actores de la vida urbana, capaces además de instrumentalizar o “capitalizar” en su ventaja el factor cultural en el duro juego de la competitividad social. Además, han inspirado estudios etnográficos ulteriores en los que los migrantes tienen la palabra y en los que su discurso viene a ser una faceta de la realidad social, percibida de ahora en adelante como plural.

El interés mostrado por algunas investigaciones actuales hacia los *aspectos culturales, vivenciales y subjetivos de los migrantes*, ha permitido avanzar en el conocimiento de los procesos, estructuras y circunstancias que explican el desplazamiento de determinados sujetos o grupos para residir o trabajar en otros países distintos al suyo, alterando un curso biográfico que en otros puede permanecer inalterado. La comparación entre distintas experiencias ha permitido también entender y explicar este trasvase de población, sus implicaciones sociodemográficas, étnicas y culturales. Así mismo, este terreno se ha mostrado fértil para experimentar diversas aproximaciones metodológicas que integran datos cuantitativos y cualitativos, tanto de los contextos sociales involucrados como en las distintas lógicas que intervienen en el proceso migratorio (Criado 1997, p.73).

Ejercicios etnográficos

Entre esas aproximaciones metodológicas, la presente exposición es parte de un ejercicio etnográfico más amplio que, en forma de monografía, se tituló *El proceso migratorio de los colombianos a España*. Es un estudio cualitativo, de tipo exploratorio y descriptivo que adoptó la *etnografía reflexiva* como marco teórico y conceptual para observar y describir la trayectoria migratoria de aquellos colombianos que tomaron la decisión de emigrar y emprender una nueva vida en España. Es decir, conocer cuáles son las motivaciones y circunstancias de los protagonistas migrantes desde que se toma la decisión de emigrar hasta su posterior instauración en España, cómo vivencian las situaciones de partida y llegada, qué sentimientos experimentan y los significados que adquiere el traslado para ellas.

El concepto de *reflexividad* es usado en antropología desde los años ochenta y refiere a la conciencia que debe existir sobre las tres dimensiones que intervienen en todo el proceso de investigación y que modelan la producción de conocimiento del investigador. Pierre Bourdieu, en su *Invitación a una sociología reflexiva* los enuncia así: primero la posición del analista en el campo científico o académico:

El supuesto dominante de este campo es su pretensión de autonomía, pese a tratarse de un espacio social y político. La segunda dimensión atañe al “epistemocentrismo” que refiere las determinaciones inherentes a la postura intelectual misma. La tercera dimensión sería la tendencia teoricista o intelectualista que consiste en olvidarse de inscribir en la teoría que construimos del mundo social, el hecho de que es el producto de una mirada teórica, una especie de “ojo contemplativo”. El investigador se enfrenta a su objeto de conocimiento como si fuera un espectáculo, y no desde la lógica práctica de sus actores. Estas tres reflexividades están en juego permanente durante el trabajo de campo en una articulación particular y también variable (Bourdieu y Loic 1992, p. 69).

En otras palabras, la reflexividad del investigador, en tanto que miembro de una sociedad o cultura; la reflexividad del investigador en tanto investigador, con su perspectiva teórica, sus interlocutores académicos, sus hábitos disciplinarios y su epistemocentrismo; y las reflexividades de la población de estudio, son las dimensiones básicas para encarar los estudios etnográficos de tipo reflexivo. Dirimir esta cuestión de las reflexividades es crucial para aprehender el mundo social durante el trabajo de campo etnográfico, ya que se trata de reflexividades diversas que crean distintos contextos y realidades. Esto es, la reflexividad del investigador, en tanto que miembro de una sociedad X produce un contexto que no es igual al que produce como miembro del campo académico, ni es igual al que producen los nativos cuando él está presente o cuando no lo está. “El investigador puede definir un 'campo' según sus intereses teóricos o su sentido común: la villa, la aldea, etc., pero el sentido último del 'campo' lo dará la reflexividad de los nativos. Esta lógica se aplica incluso cuando el investigador pertenece al mismo grupo o sector que sus informantes, porque sus intereses como investigador difieren de los intereses prácticos de sus interlocutores” (Guber 2001, p. 50).

El *trabajo de campo* se constituye entonces en el eje vertebral de la investigación reflexiva puesto que permite el espacio donde convergen todas las reflexividades y, se advierta o no, es aquí donde modelos teóricos, políticos, culturales y sociales se confrontan inmediatamente con los de los actores. La legitimidad del “estar allí”, no proviene de una autoridad del experto ante legos ignorantes, como suele creerse, sino de que sólo “estando ahí” es posible realizar el tránsito de la reflexividad del investigador -miembro de otra sociedad-, a la reflexividad de los pobladores.

En suma, la reflexividad inherente al trabajo de campo es el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del sujeto cognoscente sentido común, teoría, modelos explicativos- y la de los actores o sujetos/objetos de investigación. Es esto, precisamente, lo que advierte Peirano cuando dice que el conocimiento se revela no “al” investigador sino “en” el investigador, debiendo comparecer en el campo, debiendo reaprenderse y reaprender el mundo desde otra perspectiva. Por ello, el trabajo de campo suele

equipararse con una resocialización llena de contratiempos, destiempo y pérdidas de tiempo (ibíd., p. 51).

Como una parte fundamental del trabajo de campo, la *observación participante*, con la tensión inherente que conlleva, es decir, si se participa para observar o se observa para participar, adquiere mayor peso la orientación reflexiva, puesto que destaca el hecho de que involucramiento e investigación no son opuestos, sino partes de un mismo proceso de conocimiento social. En esta línea, la observación participante es el medio ideal para realizar descubrimientos, para examinar críticamente los conceptos teóricos y para anclarlos en realidades concretas, poniendo en comunicación distintas reflexividades.

La *entrevista etnográfica*, informal o no dirigida, complementa el marco interpretativo de la observación participante. La entrevista es una relación social a través de la cual se obtienen enunciados y verbalizaciones en una instancia de observación directa y de participación. Es una situación cara a cara donde se encuentran distintas reflexividades, cuya información suele referirse a la biografía, al sentido de los hechos, a sentimientos, emociones y opiniones, de los protagonistas. Pero también es el espacio donde se produce una nueva reflexividad. De ahí que su valor no resida en su carácter referencial informar sobre cómo son las cosas, sino performativo.

De igual forma, bajo el concepto de la reflexividad, los *relatos biográficos* son un medio a través del cual pueden realizarse estudios etnográficos. Biografías, autobiografías, memorias, relatos orales, son pues metodologías etnográficas a partir de las cuales se puede acceder a las actitudes, valores y sentidos que el mundo social adquiere para los inmigrantes. El uso de los testimonios personales en el campo de la migración, permite destacar una variedad de aspectos que aparecen reflejados en los relatos biográficos: la persistencia y rastro de la *historia*, indicios de los *hechos*, motivaciones y representaciones, la huella ideológica, elementos cognitivos y psicoafectivos, el papel y peso de las redes comunitarias y migratorias; lo material, en suma, junto a lo social y lo simbólico (Criado 2001, p. 15).

A través de los relatos se definen las situaciones que afectan a los migrantes, así como las percepciones que tienen de la sociedad de llegada, de sí mismos y de los otros colectivos migrantes. Las actitudes hacia los miembros del propio grupo, de otras colonias emigradas y de la población receptora, emergen junto a estereotipos, prejuicios y pautas de relación, al referir su vida cotidiana. De igual forma, aparecen también el papel que juegan otros factores de orden individual y colectivo- como la personalidad, o el sentimiento regionalista en sus vidas y en la relación con la otra sociedad; o cómo afecta la lejanía a la imagen del grupo según su lugar de origen, a los estilos de vida o al sistema de creencias. La migración es, en sí misma, un poderoso factor de cambio social y cultural. Su impacto, en este sentido, sólo es abordable, primero, a través del análisis de las interacciones que tienen lugar en la vida cotidiana entre los inmigrantes y los pobladores locales y,

luego, a través del análisis evolutivo de las definiciones que efectúan los individuos migrantes, definiciones que afloran en la exposición de sus vivencias y trayectorias (ibíd., p.16).

Las autobiografías de los emigrantes enseñan que hay una gran diferencia entre la teoría y la práctica, entre lo que uno supone que va a hacer y lo que hace. Cuando surgen los aspectos subjetivos se pueden comprender mejor tanto los factores y motivos que inciden en los movimientos de población, como las implicaciones psicosociales que conlleva este proceso. De igual manera podemos entrever el impacto en los sujetos migrantes del orden externo (político, económico, etc.) y la evolución que siguen los proyectos migratorios originales; cómo se realiza su incorporación a la sociedad española (en este caso); las estrategias cotidianas utilizadas y cómo elaboran y dotan de sentido sus decisiones y las circunstancias en que se desenvuelven.

Sólo podemos acceder a la percepción que los individuos tienen de las condiciones existentes, de sí mismos, y la escala de valores que rigen su conducta, mediante sus discursos. El universo ideológico-cultural, que legitima el orden social estipulado, se expresa a través de ellos. Y es en el lado opaco de la memoria en donde se esconde la cara oculta de lo social; sus huellas permanecen y se hacen visibles al evocar lo vivido. Los relatos de vida muestran cómo se producen las decisiones individuales, qué factores subjetivos intervienen y cómo afectan las condiciones estructurales en las decisiones. También aparecen diferencias manifiestas en las distintas estrategias usadas para solucionar sus problemas, así como los efectos que el proceso tiene sobre conductas y mentalidades (ibíd., p. 18).

Como vuelve a recordarnos Rosana Guber (2001, pp.123-124), las *autobiografías* reflexivas de campo publicadas desde los años ochenta agregan elaboraciones sobre el imaginario que ronda a las relaciones de poder entre investigador e informantes. La llamada de la antropología postmoderna a la reflexividad supuso que el etnógrafo debía someter a crítica su propia posición en el texto y en su relato (descripción) del pueblo en estudio, bajo el supuesto de que lo que estamos capacitados para ver en los demás depende en buena medida de lo que está en nosotros mismos.

El etnógrafo, perdiendo el estatus privilegiado de “sujeto cognoscente” se iguala a la condición del sujeto en estudio y tiene que hablar sobre lo que los iguala: sus experiencias cotidianas. Por eso, la intención de la autora, poniendo en práctica reflexiva los aspectos anteriormente mencionados (fases migratorias, vivencias, sentimientos, significados), es la de transcribir “in extenso” sus recuerdos y vivencias, sus diálogos y anécdotas, no tanto para evaluar la articulación entre los datos, la teoría y la interpretación, sino para experimentar en el texto una relación investigador/informante más equitativa.

Tomada como una “etnografía experimental”, en oposición a las etnografías realistas o clásicas, la autora integra al texto su subjetividad, presentando su voz como una más, en diálogo y tensión con sus informantes, y ejerciendo su propio posicionamiento. La autora, somete así el mundo propio al mismo análisis que el mundo ajeno. Como lo expresa Provensal (1996, p. 260): *En resumidas cuentas, la pedagogía del otro pasa por la pedagogía de uno mismo.*

Del diario de una emigrante

La partida

Como una pequeña muestra de los testimonios personales ofrecidos en el conjunto de mi monografía referida anteriormente (*El proceso migratorio de los colombianos a España*), donde se ponen en relación las distintas reflexividades y métodos de estudio, aquí sólo presento un fragmento de la autobiografía que he plasmado como parte del análisis de mi trabajo de campo. Desde esta perspectiva autobiográfica, el texto que titulo *Del diario de una emigrante. La partida*, forma parte de un capítulo más extenso de la monografía que, bajo el epígrafe de *En busca del sueño español*, narra las circunstancias académicas y personales que me condujeron a abordar conjuntamente el estudio de las migraciones y el proceso migratorio vivenciado. Es el testimonio autobiográfico de un momento concreto en mi trayectoria migratoria, enmarcado en sus primeras fases y articulado con otros procesos o aspectos globales de mi emigración: el momento en que se inician los trámites para la obtención del visado a España.

LLEGUE a las cinco de la tarde de un domingo sin lluvia, con los atavíos prestados de Johanna, la amiga bogotana: una ruana de recio algodón y un termo rebosante de consolador café. Me dispuse a pasar la fría noche dibujando una larga fila como los demás solicitantes, con resignación. Acostumbrada al caos de las masificaciones, me sorprendió la organización de aquellas gentes, pareciesen uniformadas, que estaban allí desde el día anterior. Habían confeccionado una lista con todos esos seres que iban agrupándose en busca, quién sabe, si de un destino común; y a cada uno de ellos le correspondía un número, un número consecutivo y también frío. Como ellos, me hice inscribir en esa esperanzadora lista y me ubiqué en el lugar de la fila que me correspondía: era la última. En este, nuevo para mí, me dije “panorama de guerra”, había de todo para levantar un campamento: carpas, sleepings, colchonetas, cobijas.

En fin, los fiambres no se hicieron esperar. Era la hora del hambre y en tierra fría lo hace mucho. Sin darme cuenta, o no queriéndomela dar, detrás de mí seguía creciendo la ya larga y larga fila: jóvenes, mayores, viejitos y la oscuridad caía a la misma velocidad que el frío cubría los huesos, lentamente.

A cada paso que la noche daba, la confianza con mis vecinos, los mismos bultos negros que dibujábamos la misma línea sin fin, fue estrechándose. Así, comenzamos a forjar una especie de grata camaradería. Invitar a un tinto o compartir un cigarrillo mientras la conversación fluye sin afanes. No tan delicioso como el café de una despreocupada tarde, pero al fin y al cabo teníamos toda la noche por delante.

Con un número anterior al mío, el 95, se encontraba doña Adela, una mujer de 50 años, me dijo, residente en Bogotá. Aunque ella no era la que viajaba, hacía turno a un sobrino obligado siempre a trabajar en horarios nocturnos: cortar acero para máquinas pesadas. ¿Por cuántos pesos? A la madrugada, así fue, él ocuparía el puesto que cariñosamente su tía le guardaba. Era como si un cuerpo fuese desplazado por otro sin percibirlo, pues ambos no dejaban de ser el mismo número. Sin embargo, a partir de ese momento, ya no volvería a conversar con mi simpático 95. Sentí que esa cifra que me acompañó durante horas sólo podía pertenecer a doña Adela. Descendiendo en la lista, le seguía Julián, un bogotano al que un desconocido le estaba pagando 40 mil pesos por pasar la noche en la fila y en vela. Julián andaba sin trabajo y esta era para él otra incómoda oportunidad de ganarse unos pesos. Miserias de horas frías. Detrás de mí, mi vecino Francisco, lógicamente el 97 de un valluno ya maduro que había viajado desde Cartago para solicitar visa de trabajo. Y a su lado éstos fueron mis fugaces y a la vez inolvidables conversadores-, Madeleyn, una paisa desesperada de 23 años que ansiaba conseguir visa de estudiante. Ella se sentía segura y esperanzada, tal vez porque la acompañaba a pasar la noche un grupo de amigos que vivían en la capital. Todas nuestras voces reunidas fueron relajando el ambiente y así, sin quererlo, puse en marcha mis instintos profesionales de chismosa para emprender una pequeña indagación entre mis nuevos amigos: ¿qué motivos tendrían para volar a España?

Como una curiosa impertinente, fui despertando la privacidad de mis compañeros de calle y noche. A medida que ellos descubrían sus intimidades y eso, a todos nos hacía olvidar el frío-, nuevos conversadores se acercaban sumando grados de temperatura al círculo espontáneo que poco a poco se iba agrandando. Entre nosotros, todos éramos unos desconocidos, pero todos también, en la distancia de unas vidas cerradas por el extenso perímetro de un mismo país, habíamos compartido las mismas dificultades: viajamos para buscar trabajo, nos quejamos de las escasas oportunidades laborales, el alto coste de la vida y las miserias que se pagan no alcanzan para... ¿para qué?. Salir de casa, día a día, ciertamente, se convierte en una impredecible aventura.

Francisco, había sido albañil toda su vida y, aunque nunca, decía sonriente, le faltaba la platica, hacía más de cinco años que no tenía un trabajo estable. Ana, Juan, Mauro, ... las voces seguían sucediéndose desembocando todas en un mismo sentimiento desolador. No hablemos del joven tímido que se acercó sin decir su nombre. Nunca sus trabajos en mensajería- habían alcanzado el año de contrato.

¡Otra bendita coincidencia en el panorama: todos tenemos un cercano o lejano pariente, un amigo, o un recordado conocido en la madre patria. Qué suerte la nuestra, contamos con ayuda humana para los preparativos del viaje: recursos económicos para un finito o infinito desplazamiento; o, simplemente, nada más y nada menos, un puente informativo para saber dónde y cómo podemos currar en España!

Trabajo y economía, economía y trabajo nunca en mis escasos desempeños laborales pude distinguir tales conceptos- eran, como dirían los sociólogos, los factores primordiales para salir del país. Pero escuchemos a Madeleyn y a Carolina, el amor de hombre o el amor de familia. ¡Dichosas ellas!. Madeleyn fue estudiante de educación física en el Politécnico de Medellín, cursaba cuarto semestre cuando conoció a José, un español que llegó a dictar clases en su universidad y, por esas extrañas circunstancias de la vida, maestro y alumna se enamoraron. Al principio, decía ella, no creía mucho en esa relación porque “amor de lejos, amor de pendejos”, pero él se había empeñado en que su Madeleyn viajara, así que le ofreció en bandeja de plata todos los recursos para ello. Le consiguió estudios en una universidad española, le envió dinero para los trámites del visado, le compró los pasajes, ...; en fin, todo dispuesto para que ella se fuera y, claro, lógica, indudable, evidente, irrefrenablemente, ¡ella quería irse!. Carolina, por su parte, era la única de la familia una, más que probable, familia numerosa- que quedaba en Colombia. Todos los suyos vivían en España y ella ansiaba terminar sus estudios de fonología para regresar a la íntima seguridad que padres y hermanos, obligadamente, se habían llevado. El tiempo pasa y ya era la segunda vez que presentaba “papeles para visa”. Dos años antes se la negaron.

Trabajo, plata, amor, seguridad o hasta desgracia, son razones suficientes para impulsar a muchos -¿cuántos, cuántos somos ya los que inflamamos esas desangeladas estadísticas?- a abandonar su país y volar en busca de mejores condiciones de vida o, quién sabe, volar en busca de ese maldito y maldito amor.... Pero la noche avanzaba, como avanzan las esperanzas, y el frío, el hambre y el sueño, golpeaban con dureza. Entonces hicimos vaca entre algunos de nosotros, probablemente los más charlatanes, y fuimos a desahogar esta nuestra más inmediata necesidad: comimos en un restaurante cercano para poder sobrellevar lo que quedaba de jornada, pues ésta sólo terminaría a las nueve de la mañana, cuando abrían el Consulado. Después de comer, Adela y yo armamos un cambuche con recios cartones en nuestra ya familiar acera. Alguien, no recuerdo quién, me prestó una manta y ¡chao pescao!, me desconecté hasta cuando la aurora, no sé si de luz sonrosada, precede a la salida del sol. De ahí en adelante todo fue puro agite en la fila. Seguían llegando nuevas personas, nuevos números, y el movimiento era constante entre quienes entregaban sus puestos a los recién llegados. Se armó el escándalo cuando se supo que algunos vendían su puesto por 30, 40 ó 50 mil pesos y el caos llegó cuando apareció un

encargado del Consulado diciendo que sólo se repartirían 100 fichas esa mañana y otros 100 al día siguiente. Sí, sí, de la noche a la mañana, ahí dejamos de ser compañeros de batalla y nos convertimos en contrincantes luchando por obtener un mismo botín de guerra: el sueño español.

Por fin, después de una fiera lucha codo a codo con mis vecinos de fila para que no nos desplazaran en el puesto, logré ubicarme, intentando que mi entrega de documentos fuese lo más rápida posible. Llegó mi hora y con ella mi sorpresa. Toda nuestra espera sólo había sido una espera en una larga fila y en una larga noche para obtener una fecha, una fecha en la cual, supuestamente, ya sí debía hacer, como se me dijo, “entrega material” de mis papeles. Pero de nuevo, como un saltamontes que de pronto aparece en mi mano, surge la sorpresa, esta vez convertida en problema: no tenía fotocopia del pasaporte, donde estampaban la fecha, la fecha real en la cual tenía que volver. Es fácil imaginarse la situación: salir corriendo como loca buscando fotocopidora y regresar para que se me concediese una fecha, eso sí, una fecha real, que me obligaba a volver a Bogotá quince días más tarde. La noche de ayer y el día de hoy, no figuran en ningún tipo de calendario y cada vez que recuerdo esta experiencia, pienso en eso de la ficción del tiempo.

Como tantos otros, y esos nombres y números que dejaba atrás y se repetían en mi cabeza, no tenía recursos para quedarme en la descomunal ciudad tanto tiempo. Regresé a Medellín y dos semanas después estaba de nuevo asistiendo a la cita, a la cita real. Aunque el regreso implicaba más costos, no tenía otra opción. Prácticamente, los días volaron. Me encontraba de regreso en la capi, con todos mis papeles listos para entregar. Salvada por los dioses, me dije, no tuve que repetir la hazaña anterior de dormir en la puta calle. Esta vez, la fila, aunque también larga, era diferente: gente muy bien vestida, gente muy bien peinada y gente con actitud de autosuficiente. No sé, creo que esas fueron mis sensaciones. Como si nadie tuviera intenciones de irse, como si estuvieran ahí celebrando un acontecimiento social. No sé. Esa impresión, de todas las formas, duró poco. En cuanto abrieron la puerta, vino la policía a “controlar la fila” y vinieron los funcionarios encargados de regular el ingreso. Con ellos llegó el maltrato. Era una especie de abuso de autoridad, expresada a través de malos gestos y actitudes y la desfachatez verbal. Perpleja, la situación me indispuso durante un buen tiempo, pues ya era suficiente con tener que soportar una fila de largas horas, bajo un sol de tierra fría que abrasa, como para tener que soportar, además, el maltrato psicológico que estaba recibiendo ahí.

Cuando por fin llegué a la ventanilla, me encontraba sofocada, alterada y llena de rabia, de modo que no pude entregar respetuosamente mi documentación al funcionario que me la solicitaba. Casi con desprecio la arrojé sobre su mostrador. Pero él no me dijo nada, ni siquiera me miró. Durante un largo momento, la revisó en silencio y mientras lo hacía, pude calmar mis ánimos. Después, con una mirada esquiva, me preguntó por el objeto de mi viaje a

España. Le respondí que, como decían los papeles, iba a estudiar, a hacer un curso de etnografía, ante lo cual me dijo en tono burlón: ¿no será para quedarse? Muy seria volví a responderle: usted puede pensar lo que quiera.

Consideraciones finales

El relato autobiográfico sobre el momento en que inicio los trámites para la obtención del visado a España continúa describiendo los posteriores pormenores hasta la obtención del visado y el consiguiente traslado e instalación en la sociedad española. Considero que este fragmento anteriormente expuesto y dejado en suspensión es suficiente para ilustrar el proceso llevado a cabo durante mi trabajo de campo.

El uso de la reflexividad en este ejercicio etnográfico no sólo posibilitó un método de investigación, sino también y más significativamente, me aguzó la sensibilidad para percibir la vivencia migratoria experimentada por otros protagonistas. Pude comprobar que investigación e involucramiento son partes de un mismo proceso de conocimiento social. Muchas veces el rigor académico nos impone hacer una separación entre “nosotros” y “los otros”. Sin embargo, durante la fase del trabajo de campo experimenté que en numerosas ocasiones, sino es siempre, esta frontera se pierde.

El hecho de ser migrante antes que investigadora de un fenómeno social que me afectaba, me dio la oportunidad de confrontar mis propios estereotipos sociales con los presupuestos académicos. Si bien la pauta preestablecida académicamente dicta que las diversas fases de la investigación deben ir a la par durante todo el proceso de campo, y así se tenía previsto hacerlo, la realidad eclipsó las pretensiones y retrasó la implementación de las rutinas de trabajo con los informantes. Con esto quiero aludir a dos circunstancias concretas.

La primera concierne a la preparación del investigador. Por muy preparado que uno se sienta -con sus herramientas teóricas y metodológicas, su bagaje cultural, etc.- para afrontar el reto que implica la reflexividad, la realidad siempre será más creativa que nosotros. Este hecho, limitó mis posibilidades de explotar al máximo las oportunidades que se me presentaban para obtener información relevante y me condujo por caminos erráticos que en el desarrollo de mi investigación fueron corrigiéndose.

La segunda se refiere al tiempo de adaptación que necesita el investigador para comenzar a aprehender el nuevo entorno social. Los choques psíquicos que implica esta adaptación no suelen ser expresados por los investigadores, pero su incidencia puede determinar el cumplimiento o incumplimiento de los objetivos trazados. Este tiempo, en nuestro caso, dio la oportunidad de confrontar con la realidad mis propios estereotipos sociales y cuestionar los presupuestos académicos, que en principio, no me permitían comprender la complejidad del

fenómeno del que quería ocuparme. Con todo, esas circunstancias más que problemas, me permitieron comprender que después de la migración, nadie vuelve a ser el mismo.

Por otro lado, dando cuenta del contenido del antecedente relato autobiográfico, que se ocupa de describir una de las primeras fases de la emigración los trámites del visado-, traemos a observación aquí algunas de las circunstancias generales presentes en ella, aunque son muchas las que podrían tenerse en cuenta.

Sin duda, dentro de las múltiples razones que tenemos los colombianos para salir del país, las más relevantes son la precariedad económica y la inestabilidad laboral. Estas son las causas más esgrimidas cuando se nos interroga sobre el particular. Sin embargo, existen otras motivaciones para emprender el movimiento migratorio que no se presentan de manera tan recurrente como las anteriores: las reunificaciones familiares, el conflicto armado en Colombia, las relaciones afectivas entre colombiano(a)s y español(a)s, la realización de estudios o, simplemente, la motivación de espíritus independientes con deseos de conocer otra gente y otras culturas. Estas últimas motivaciones cada vez adquieren más relevancia debido, primero, a los avances tecnológicos que permiten mayor comunicación a distancia y mayor facilidad de desplazamiento y, luego, a las políticas migratorias implementadas por la Unión Europea, de la cual, España es un país miembro.

El papel que juegan las redes familiares y sociales en el proceso migratorio es otro aspecto fundamental, tanto en los inicios del traslado como en la posterior instauración del emigrante en la sociedad de acogida. Una vez tomada la decisión de partir, se ponen en marcha una serie de estrategias de tipo económico, político y social que van a determinar el éxito o el fracaso del proyecto migratorio. La primera instancia a la que se recurre en el país de origen (Colombia) es la familia. Ésta provee no sólo de apoyo económico, sino, y sobre todo, de ayuda emocional para iniciar el traslado. La obtención del visado va a requerir el uso de otras redes sociales que proveerán al emigrante de información relacionada con todo lo que tiene que ver con el viaje y su posterior instalación en España. Para el caso colombiano, estas redes son amplias y evidencian una trayectoria consolidada de muchos compatriotas en España.

Desde la realización de las primeras gestiones para poder obtener el visado, ya comienzan a percibirse los cambios que implicará la emigración, es decir, el choque psicológico y la reacomodación étnica que deberán asumirse al llegar a España. Aunque estos cambios no se dimensionan claramente durante este periodo, sí se pueden avistar las pautas y modelos que tendrán que afrontarse para lograr los objetivos propuestos inicialmente. Las pautas de comportamiento tendrán que cambiar, dado que los referentes culturales, evidentemente, serán otros y muy diferentes. De igual forma, la lejanía de los seres queridos y la soledad durante los primeros meses de acomodamiento en país extraño, generan estados

emocionales que muchas veces crean desajustes físicos y psíquicos.

Son muchos los aspectos que pueden someterse a estudio dentro de los relatos biográficos. Estas que aquí señalamos, más que conclusiones contundentes representan puntos de partida para posteriores investigaciones que profundicen sobre un fenómeno social que cada vez adquiere más relevancia para un país como el nuestro, donde la pérdida de sus ciudadanos es cada vez mayor y donde las políticas estatales todavía no se ocupan de este problema.

Bibliografía

Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), [en línea], URL, <http://www.acnur.org>, Consulta: 8 septiembre 2006.

Bourdieu, P. y Wacquant, L. J.D. 1992. *An Invitation to Reflexive Sociology*, Chicago, University Press.

Blanco, C. 2000. *Las migraciones contemporáneas*, Madrid, Alianza.

Criado, M. J. 1997. “La historia de vida: el valor del recuerdo, el valor de la palabra”, *Migraciones*, no.1, pp. 73-120.

_____ 2001. *La línea quebrada. Historias de vida de migrantes*, Madrid, CES.

Guber, R. 2001. *La Etnografía. Método, Campo y Reflexividad*, Bogotá, Norma.

Provansal, D. 1996. “Antropología de las migraciones, algunos apuntes e interrogantes”, *Ensayos de antropología cultural*, Barcelona, Prat, J. y Martínez, Á., pp. 256-261.

Ruiz de Olabuénaga, J. I. 2000. *Inmigrantes*, Madrid, Acento.